

## VILLANCICOS

# Del cielo espuma...

Brilla tu frente:  
se ennegrece la blancura,  
y, avergonzadas,  
las azucenas se ocultan.  
La nieve pierde su albor  
y entristecida se enluta.

Entre tus manos  
morena es la blanca luna;  
junto a tus labios  
acibar la flor de azúcar,  
y si me miran tus ojos  
¡la luz es tiniebla oscura!

Si tu alegría  
la pena del hombre muda;  
si tu sonrisa  
es de Dios la gracia pura,  
dí, ¿por qué lloras, galán,  
siendo Tú del cielo espuma?

FERNANDO BRAVO Y BRAVO

# HACIA UN CENTENARIO

El R. P. Pedro de la Dedicación del Pilar, Postulador General de los Agustinos Recoletos, ha tenido la atención de responder a nuestro llamamiento enviándonos el artículo que ofrezco a la revista «ALCANTARA» como primicia de una conmemoración por la que vengo batallando públicamente desde Junio de 1962, si bien anteriormente ya había hecho un llamamiento en el semanario «Cáceres».

Al mandar a la revista «ALCANTARA» tal trabajo, está presente en mi ánimo una razón de derecho por el prestigio cultural de nuestra provincia, adelantada con esta iniciativa como en otras ocasiones, al Movimiento Cultural de España.

Si, así hay que decirlo, porque si bien la mayoría de las veces fue nuestra voz no acompañada por una solidaridad social autorizada, no por ello dejó de existir la iniciativa y la inquietud ideológica que traducía.

RICARDO BECERRO DE BENGOA

Secretario de la Junta Protectora de la Conmemoración  
del XIX Centenario de Séneca



LORIA, y gloria singularísima, de excelencia peregrina fue Lucio Anneo Séneca. Su patria grande, España, su patria chica Córdoba, pueden enorgullecerse legítimamente de haber producido tan grande ingenio y haberlo entregado a Roma para lustre y esplendor de todo el Romano Imperio.

Hemos visto con grande satisfacción en los pasados años cómo Roma tenía a gala celebrar varios centenarios o bimilenarios en honor de ilustres hombres que antes de Cristo o dejaron con sus hechos huellas profundas en la historia del mundo o confirieron riquezas literarias, señalados ornamentos con sus producciones poéticas a los valores esenciales del más vasto y esclarecido Imperio del mundo, el Imperio Romano. Cayo Julio César, Octaviano Augusto, Marco Tulio Cicerón, Sixto Aurelio Propercio, han sido celebrados en lo que va de siglo como personajes históricos, a los cuales la humanidad debe proezas y hechos señalados, valores positivos, partos literarios insignes.

No menos que los anteriores ha merecido de la humanidad el esclarecido Lucio Anneo Séneca, por su doctrina, por sus virtudes, por su gloriosa serena muerte, España y Roma, la ilustre clase que ama la cultura de las letras, las artes liberales, entre las cuales príncipe es la Filosofía, deben unirse para rendir digno homenaje a este grande hombre del Imperio Romano. Particularmente España está obligada a desplegar generoso y brillante entusiasmo ante la imagen imborrable de tan esclarecido español: y con especiales notas de elegante orgullo es Córdoba a la que corresponde entonar un himno de elogios, plácemes

y alabanzas a este su paisano, que dejó en la tierra regueros imborrables de sabiduría y normas y sentencias inextinguibles de moralidad. A excitar estos fuegos y entusiasmos hacia el centenario de la muerte de Séneca va dirigido el presente artículo.

### El destierro de Séneca en el año 41 de la era vulgar

Por aquellos años (hacia el 39 después de Cristo) maniobraba con desenvoltura y tendía intrigas a su gusto y capricho en el Palacio del Emperador Claudio, la licenciada Mesalina. Esta, una vez que se apoderó del corazón de Claudio, con sus enredos y calumnias consiguió dos cosas: 1.<sup>a</sup> Echar del Palacio, bajo la acusación de adulterio a Julia Livilla, hija menor de Germánico y hermana de Calígula; y 2.<sup>a</sup> Que el Emperador firmase un decreto de destierro contra Lucio Anneo Séneca, a quien Mesalina enredó en el caso anterior. Como consecuencia del tal Decreto Séneca en el año 41 hubo de emprender el viaje hacia Córcega, lugar entonces hórrido y para Séneca de larga soledad.

Tremendo contratiempo fue éste para el filósofo cordobés, para superar el cual sólo encontró remedio en la filosofía estoica, a cuyo estudio y observancia práctica venía de mucho tiempo atrás consagrado. Pero ¿se sabe, por ventura, cuál fue la causa de este destierro?

Séneca desterrado era ya hombre maduro, frisaba en los 38 o 40 años y había entrado en las actividades de la vida pública. En los principios de esta vida pública, quizá orientado por su mismo padre Anneo Séneca, a quien con grande respeto y amor llama Lucio «Virorum optimus pater meus», el cual sabemos era Retórico no vulgar, o por su propia inclinación y carácter abrazó la profesión del foro, y, se dice, con gran fortuna y suceso, tanto que, según narran algunos cronistas, suscitó los celos y envidia de Calígula, quien proyectó quitárselo de delante y lo hubiera llevado a cabo, si una favorita del Emperador, no lo hubiese evitado, haciendo creer al Emperador que no valía la pena mancharse con la sangre de Séneca, pues que los dioses no favorecían a Séneca con larga vida, ya que era evidente que la salud de Séneca estaba minada por maligna enfermedad. Séneca era de constitución débil y enfermiza. Pero esto no obstante por el año 39 de la era cristiana ejercía la profesión de ORADOR con alguna fama, y también había obtenido el cargo público de CUESTOR. Pero volvemos a preguntarnos ¿cuál fue la causa del destierro de Séneca a Córcega?

Análogamente a lo que sucede en la causa del poeta Ovidio, desterrado por Augusto a la Crimea, ocurre en la causa del destierro de Séneca. Todos conjeturan y no hay uno que señale con certeza la causa determinante de pena tan severa. Quién esta pena atribuye a una culpa de fea especie, como ya se dijo al hablar de Mesalina; quién de tal culpa absuelve a Séneca, fundándose en la doctrina que sobre la materia enseñó el filósofo y en la conducta que siempre mantuvo de estoico austero. El mismo Séneca señala en general la malignidad y la envidia, pero sin marcar el punto crítico.

Pero dado que sobre el caso no nos es posible dar con la verdadera causa del destierro de nuestro filósofo a la tierra entonces dura y esca-

brosa de Córcega, vamos a fijarnos en lo que nos proporcionó la divina providencia con este desgraciado destierro, que no fue a la verdad un producto o efecto malo y triste, ni para Séneca, ni para la humanidad, en general, verificándose aquí una vez más aquel dicho «no hay mal que por bien no venga».

### Nos revela Séneca sus dos madres: Córdoba y Helvia

Dos bienes, de evidente claridad y provecho, brotaron del destierro de Séneca a la hórrida Isla de Córcega: 1. Séneca nos dio a conocer su madre patria, CORDOBA; 2. Nos dio a conocer también a su madre natural, la nobilísima HELVIA. Con este doble conocimiento nosotros experimentamos una suave y dulcísima alegría de la permanencia de Séneca en Córcega. Pudiéndose añadir a todo esto que Séneca en la forzada soledad de aquellos incultos campos, en el silencio selvático de aquellos peñascos terribles y mudos pudo entregarse mejor, más tranquilamente, más a su gusto y placer a aquellas reflexiones hondas a que la natura le llamaba, al análisis de las grandes cuestiones filosóficas, que mordían su curiosidad y lo abismaban en el seno de importantísimos problemas que debía estudiar y contribuir a su solución en beneficio de un género humano desorientado, convulso y por tantos conceptos desordenado. Así es, Séneca en la Isla se entregó al estudio de los grandes problemas en que se agitaba la pobre humanidad, sobre todo en puntos de Ética, de sociología y Derecho natural y en la soledad de casi nueve años forjó en su mente aquellos grandes pensamientos que esparció en sus Libros, particularmente en su grande Epistolario. Nos hizo bien el destierro de Séneca en la Isla de Córcega; y a si mismo se proporcionó inmensos bienes.

### Su madre patria: CORDOBA. — Con un expresivo epigrama unió a Córcega y Córdoba.

Desde su destierro de Córcega, Séneca nos dio a conocer a su patria chica y en pocos versos vertió sentimientos muy delicados hacia Córdoba, que la recuerda y la llama a participar de sus penas y a consolarle. Veámoslo en su precioso Epigrama sobre Córdoba.

*Corduba, solve comas et tristes indue vultus;  
inlacrimans cineri munera mitte meo.*

*Nunc lenginqua tuum deplora, Corduba, Vatem,  
Corduba non alio tempore maesta magis;*

*Tempore non alio, quo versis viribus orbis,  
incubit belli tota ruina tibi,*

*Cum geminis oppressa malis utrimque peribas,  
Et tibi Pompejus, Caesar et hostis erat;*

*Tempore non alio, quo ter tibi funera centum  
Heu nox una dedit, quae tibi summa fuit.*

*Non, Lusitanus quateret cum moenia latro,  
Figeret et portas lancia torta tuas.*

*Ille tuus quondam magnus, tua gloria, civis  
Infigar scopulo. Corduba, solve comas.*

*Et gratare tibi, quod te Natura supremo  
Alluit Oceano; tardius ista doles.*

«¡Oh Córdoba! ¡Suelta tu cabellera y revela en tu rostro la profunda tristeza! ¡Envía finéreos obsequios, bañados en lágrimas, para estas mis cenizas! ¡Llora, oh Córdoba, aunque estés tan lejos, a este tu desgraciado poeta. ¡Oh, Córdoba mía, nunca como ahora has sufrido un tiempo más triste, ni cuando, alternando los éxitos de los diversos ejércitos del orbe, la ruina total de la guerra recayó sobre ti, cuando oprimida por ambos bandos, tenías que soportar los males de ambas partes, pues que una vez tenías a Pompeyo enemigo, y otra César se te mostraba hostil. Ni fue para ti tan triste aquel tiempo en que viste ante tu presencia, en una sola noche el espectáculo de trescientos cadáveres. Ni te dio tanta amargura el Lusitano cuando atacó tus muros y dejó en tus puertas las lanzas retorcidas. ¡Ay! el que en otro tiempo fue tu grande ciudadano, tu gloria, hoy gime y está clavado en un peñasco! ¡Córdoba, suelta tu cabellera! Y date parabienes de que la naturaleza te colocó al extremo del Océano, con lo cual te llegarán tardías mis desgracias!»

Todo el que lea los precedentes versos se convence de que en ellos Séneca revela sentimientos nobilísimos hacia Córdoba que es su patria chica y su madre terrena. Se atribuye a los filósofos Estoicos cierta sequedad y cierta indiferencia de sentimientos y afectos a todas las cosas, en todos los acontecimientos y situaciones en que el espíritu pueda encontrarse; y hay quien señala este estado de indiferencia en los fenómenos de la vida como principio fundamental de la filosofía Estoica. Bien se ve que este juicio u opinión es algo exagerado. El destierro de Séneca en Córcega no podía menos de afectar intensamente al filósofo cordobés. Y esta nueva situación lo lleva por de pronto a Córdoba, manantial de dulcísimos recuerdos; no a Roma, donde por el contrario, un tremendo golpe de la envidia, de la intriga palaciega, de la calumnia feísima, le hería horrendamente el fondo del alma, y probablemente tronchaba para siempre una carrera de honores, de dulces perspectivas y esperanzas, de vida libre, de expansiones del espíritu por los campos dilatados de la filosofía, de la más noble filosofía, que arrebató los anhelos de su alma.

Viéndose, pues, Séneca en la horrible Isla de Córcega, solitario y errabundo como nunca hubiera podido imaginar; condenado a pasar hambre y sed, a morir de todos olvidado, a dejar por cualquier escondrijo, en el más escuálido paraje las cenizas de su cadáver, le asalta una idea envuelta en suavidades de bálsamo calmante; es la idea del

sabio, del fuerte, del virtuoso; se sienta en un peñasco y escribe su poema de recuerdos dulcísimos y de amoroso cariño a Córdoba, donde está su cuna, que recogió sus primeros vagidos y de la cual espera, como de madre, amorosa condolencia, pruebas de cariño en el dolor y en la desgracia, consuelos para la aflicción, ayudas y aquellos obsequios póstumos que las almas queridas, llevan al sepulcro de sus queridos para envolver las sagradas cenizas en amorosas y maternales lágrimas. «¡Oh Córdoba! Suelta tu cabellera y da a conocer en el rostro tu profundo dolor. Lloro ¡oh Córdoba! aunque tan lejos te encuentres, a tu vate, a tu poeta». Le recuerda también en los siguientes versos tiempos y hechos que fueron para su patria días de grande luto y dolor; principalmente los luctuosos tiempos y hechos de la guerra civil entre Pompeyo y Cayo Julio César. Las condiciones alternativas de la Plaza de Córdoba, que hacían que del dominio de César pasara al de Pompeyo y viceversa, eran causa de situaciones trágicas, de sangrientas alternativas luchas y de cruentísimas se contaron los cadáveres de trescientos cordobeses. Como entonces, ahora también, ¡oh Córdoba! suelta por el dolor tu cabellera; porque el que fue en otro tiempo esclarecido ciudadano tuyo, tu gloria, quedará aquí clavado en un peñasco:

*«Ille tuus quondam magnus, tua gloria, civis  
Infigar scopulo; Corduba, solve comas.»*

### La madre natural: HELVIA

La segunda madre que Séneca nos da a conocer, con ocasión de su destierro a Córcega, fue su madre natural, la matrona cordobesa, HELVIA.

A Helvia va dedicado el Libro de Consolatione, que en esta forma se presenta.

L. ANNAEI SENECAE  
AD HELVIAM MATREM  
DE CONSOLATIONE  
LIBER UNUS.

En tanta aflicción y sufrimiento del destierro podía decir el filósofo Séneca «*Qui te consolari cupio, consolandus ipse sum*»: yo que deseo consolarte, estoy necesitado de consuelo. Pero tratándose de tal madre y de tal hijo, no podía ocultarse a la inteligencia de Séneca, que su madre había quedado en Roma, al separarse el hijo, en un mar de aflicciones y penas, en un abismo de soledad y de dolor, que difícilmente podía desaparecer en todos los días que le quedasen de vida. Ansias ardientes, por tanto, experimentaba Séneca en su alma de llenar el más sagrado deber humano para un hijo, llevar todo el mayor consuelo posible al corazón de la madre. Y a fe que lo hizo Séneca como hijo óptimo, como hijo sabio y prudente. Delicadísimo, con singular dignidad y grandeza, en una nobilísima literatura, Séneca se acerca al cora-

zón de Helvia y sobre él derrama aceite, miel, bálsamo, que si no curan del todo la llaga abierta en aquel grande corazón de madre, pero si, sin duda alguna le suministran una suavísima mitigación, que le hace sentir menos las amarguras de la desgracia y lo anima y conforta para partir con la elegancia del héroe, y aun con la esperanza del que cree en Dios providencial. Para fundar nuestra opinión sobre el parecer de criterios bien autorizados, apuntaré aquí lo que Lisio dice de este Libro en su prolegómeno: «Scripsit...» «Escribió este Libro Séneca, no al principio de su destierro, como ya lo da a entender él mismo en su prefacio, sino al fin del primer año, o al comienzo del segundo; lo escribió en la madurez y pleno vigor de su ingenio y edad, pues tendría entonces aproximadamente unos 40 años. Corresponde a esta edad el escrito, que está lleno de vigor y elocuencia, de párrafos bellos y de sólida estructura, brillando sobre las demás cualidades un orden perfecto. Me atrevería a decir que es éste, entre todos los opúsculos de Séneca, el que reclama la palma». A la verdad, bajo todos los aspectos, literario, técnico, moral y psicológico se nos presenta este librito admirable, maravilloso, de singular belleza espiritual, jamás superado en el paganismo, si se atiende a este peculiar género literario. Brevisimo análisis lo demostrará.

Con un oportuno prólogo Séneca se insinúa en el afligido ánimo de su madre. «*Saepe jam, mater optima...* Muchas veces, Madre buenísima, senti en mi alma ansias vehementes de consolarte, y muchas veces me contuve de hacerlo. Para hacerlo me impelían muchos motivos: el primero, que así haciéndolo, parecíame que mi ánimo se descargaba de muchas molestias que me angustiaban, con la idea de que ya que no podía hacer que desapareciesen tus lágrimas, por lo menos las había enjugado. El segundo, que se me figuraba que había de tener yo más autoridad para darte ánimo, si te demostraba que yo antes ya me había levantado en ánimos. Además se había apoderado de mí el temor de que la fortuna, no vencida por mí todavía, hiciera víctima a alguno de los míos. Así que poniendo la mano sobre mi propia llaga, me sentía movido a curar vuestras heridas; pero siempre se levantaban razones que venían a retardar mi propósito. Temía se reprodujesen tus dolores, si aplicaba la medicina, todavía no oportuna... Además, examinando los documentos, compuestos por los ingenios más esclarecidos con el fin de frenar y mitigar los dolores y llantos, no encontré un solo ejemplo de alguno que hubiese consolado a los suyos, siendo él el llorado por todos los otros. Esta cosa, como nueva, me llenaba de temores, no fuese a irritar las llagas en vez de proporcionar la deseada consolución». Continúa haciendo a su madre oportunísimas consideraciones, y luego entra de lleno en materia. Para no hacer demasiado largo este artículo, diré en pocas palabras las principales ideas del contenido del libro.

#### Principal argumento del libro «De Consolatione»

El principal argumento del Libro «De Consolatione», Séneca lo trata en dos Partes o grandes Capítulos. Los dolores de tu alma, dice con

grande afecto a su madre Helvia, deben venirte en esta triste situación o de mi persona o de la tuya. Yo quiero moverte a superarlos con fortaleza, porque jamás deben vencer tu ánimo ni las aflicciones que te proporcionen mis sufrimientos, ni las aflicciones que te proporcionen tus propios sufrimientos. No mis aflicciones, ya que yo no reputo por males lo que el vulgo juzga males, esto es: EL CAMBIO DE LUGAR; LA POBREZA; LA IGNOMINIA; EL DESPRECIO. Estas cosas no son males, lo cual va demostrando el filósofo en sucesivos trece párrafos. Tampoco deben vencerte los sufrimientos que broten de tu propia persona. Estos pueden nacer de dos puntos; o de que te has quedado sin la protección que de mí recibías, o de que se te hace insoportable mi ausencia, es decir, el deseo de mí. Lo primero no cabe en ti, que nunca fuiste ambiciosa, ni te jactaste jamás del favor o poder de tus hijos; ni lo segundo debe proporcionarte insuperable pena, ya que siempre has demostrado tener una fortaleza superior a tu sexo. Muchos males has tolerado hasta el presente; es cosa de abrazarte con uno más. Todo esto lo demuestra Séneca con su erudición y consabida sabiduría y con respeto y amor filial nobilísimos. E inmediatamente le indica los remedios que debe aplicar para superar las penas, que en verdad no le faltan, como se los va mostrando.

De aquí los remedios señalados por Séneca a su madre Helvia. «Date con más empeño al estudio de la sabiduría; aquí encontrarás mucha mitigación y alivio a tus penas». Le recuerda con fruición que no es ajena al estudio de todas las disciplinas liberales, y que si bien su marido (Séneca, el Retórico) no le permitió que se diera al estudio profundo de las mismas, pero si le concedió libertad suficiente para que las saborease todas.

El segundo remedio es suavísimo y entrañable: «Da los afectos de tu corazón a mis hermanos y a los nietos que tienes de éstos y de mí. Ya ves que no estás sola. Estos te proporcionarán oficios que llenar y alegres satisfacciones. Dirige también tus afectos a tu hermana; que en ella has de encontrar consolución y ejemplos.

Séneca al formar el último capítulo de caridad y piedad, viene a hacer un panegirico de toda la familia de los Sénecas; en él se dibujan virtudes y rasgos tan sublimes, que es realmente, dado lo que generalmente era el paganismo en la vida individual, familiar y social, un cuadro de honor y retrato de gloria para España y para Córdoba particularmente.

En su madre Helvia elogia especialmente Séneca dos cosas: 1. Que jamás abrazó los vicios propios de la mujer en aquellos tiempos. 2. Que cultivó todas las bellas virtudes personales, domésticas y sociales, por las cuales muy bien podía ser presentada a la sociedad Romana como un espléndido modelo de costumbres, de cuya vida era el máximo esplendor LA PUDICICIA; «*Maximum decus tibi visa est pudicitia*». Razón de tantas virtudes debe ser, pues, ahora la Fortaleza; «*Non potes itaque. ad obtinendum dolorem, muliebri nomen praelendere, ex quo te virtutes seduxerunt. Tantum debes a faeminarum lacrimis abesse, quantum a vitiis*».

Recuerda asimismo a su madre el ejemplo de aquellas ilustres Ro-

manas, que adornaron con esplendor el Imperio de Roma: Cornelia, madre de los doce hijos, conocidos por LOS GRACOS; Rutilia que acompañó al destierro a su hijo Cotta, y con él vivió todo el tiempo de la pena; después de esto, le dice: «Con estas mujeres quiero yo que te cuentes, de cuya vida has sido siempre imitadora; harás muy bien, si seguirás el ejemplo de éstas en reprimir la muliebre flaqueza».

«Quiero indicarte asimismo, dónde encontrarás lenitivo: «*Respice fratres meos*»; mira a mis hermanos. Hoy estando salvos y libres, ya no puedes quejarte de la fortuna. En los dos encontrarás motivo de gozo, aun por la diversa situación de entrambos; el uno ha encontrado honores con su laboriosidad e industria, el otro los ha despreciado por seguir dando culto a la sabiduría. (El primero es Marco Anneo Novato, L. Giunio Gallione; el segundo es, Marco Anneo Mela). Goza de tranquilidad con las dignidades del primero y de la quietud con el segundo, y de la piedad de entrambos. Conozco los íntimos sentimientos de mis hermanos; el uno por eso cultiva la carrera de los honores, para con ello poder servirte a ti de ornamento, el otro busca el refugio en la vida de quietud y tranquilidad, para poder ocuparse de ti. ¡Oh, cuán benigna ha sido para ti la fortuna, que te ha dado hijos, que puedan prestarte todo, el uno auxilio; el otro, contento y satisfacción; puedes estar segura con la dignidad del uno y gozar con el ocio del otro. Se desvivirán ellos por cumplir sus deberes de hijos, por donde de esta manera la ausencia o deseo de uno será suplido por la piedad de dos. Con toda seguridad me atrevo a prometerte que nada ha de faltarte, si no es el número.»

«Pero de tus hijos pasa luego a los nietos. Ahí tienes a mi hijo dulcísimo Marcos, en cuya presencia no puede haber tristeza que resista; nada, ningún acontecimiento tan fuerte, tan reciente que no lo suavice con sus halagos y efusiones. ¿Qué lágrimas hay que él no corte? ¿Qué ánimo tan preocupado de cuidados que él no aligere con sus chascarillos? ¿A quién no lleva al juego con sus niñerías? ¿qué ánimo no ganará, qué pesares resistirán a aquella su garrulidad que nunca sacia? «*Deos rogo, contingat hunc habere nobis superstitem*». Pido a los dioses que nos lo conserven siempre.

Le hace presentes a los otros nietos, entre otros a Novatilla, hija del hermano mayor, Novato, con la cual le ruega que haga los oficios de madre y la haga una copia de sus virtudes. Le recuerda asimismo que no se olvide de su propio padre, que está ausente, en España.

Finalmente, el gran Séneca ruega a su madre, que para encontrar consuelo se estreche más y más con su hermana, que para encontrar debían adornar a esta excelente matrona cordobesa, hermana de Helvia, cuyo fúlgido retrato jamás Séneca se cansa de dibujar con las mejores tintas; siendo el rasgo principal «que para con todos había hecho los oficios de madre».

«Hasta aquí, le dice a Helvia su madre, había mantenido en silencio a la que podrá ser tu mayor consuelo, a tu hermana; aquel corazón para ti fidelísimo, al cual pasan todos tus trabajos y los siente y los lleva proindiviso; aquella alma para todos nosotros maternal. Con ella tú mezclaste tus primeras lágrimas y en su regazo emitiste tus prime-

ros respiros... En sus brazos fui yo traído a Roma y ella fue mi nodriza y la que me prodigó todos los cuidados maternos en todas las enfermedades que he padecido. Nada contrajo (tu hermana) de los vicios reinantes entonces en el elemento femenino, sino las contrarias virtudes. Esta es, queridísima madre, el consuelo donde fortalecer tu espíritu: «*Haec est, mater carissima, solacium quo reficiaris*». Unete a ella y estrechate fuertemente a sus brazos... Prosigue Séneca haciendo el elogio de su tia, ponderando su prudencia insigne, sus cuidados por su marido enfermo, su atención a darle honrosa sepultura, pues murió en un naufragio, viniendo de Egipto. Fue fuerte y grande en soportar todos los trabajos y peligros, de cuyas bellas cualidades fue el mismo Séneca testigo en Egipto, cuando su tío (al parecer, Emilio Recto) en el espacio de 16 años desempeñó la Prefectura. Y cosa rara en esta dama Cordobesa. En estos 16 años la tia de Séneca nunca fue vista en público «*Numquam in publico sonspecta est*» y estuvo muy ajena a toda clase de recomendaciones «*Nihil a viro petiit, nihil a se peti passa est*».

Termina su Libro, diciéndole a su Madre las ocupaciones en que pasa la vida en la Isla de Córcega. Con esto quería elevar más y más el espíritu grande y hermoso de su queridísima Madre. «Y pues que es muy natural, no obstante lo que acabo de decir, que tengas tu pensamiento puesto en mí, atiende cuál va a ser mi acción y mi situación; «*qualem me cogites, accipe*». Estoy animoso y alegre, como viviendo entre cosas buenísimas, y son realmente buenas, porque el alma libre de todo otro pensamiento, tan solo piensa en sus obras, y unas veces se entretiene alegremente en estudios ligeros, otras se entrega a la consideración de su naturaleza y al estudio de la naturaleza del Universo, siempre el ánimo ávido de verdad. Examina, en primer lugar, estas tierras y su configuración; después se vuelve a contemplar las condiciones del mar que nos rodea y sus movimientos ondulatorios de alta y baja marea; en ocasiones dirige sus miradas a lo que se ve entre el cielo y las tierras con todo lo que se presenta de temible; pues cuántas veces el firmamento presenta un aspecto aterrador, surcado por truenos, por relámpagos, con tormentas de viento, de nubes, de descargas de nieve y de granizo. A veces, después de recorrer los valles y partes bajas, corro a la cima de los montes y allí mi alma se entrega al gozo contemplando el espectáculo grandioso de las cosas divinas y, espoleándose con el recuerdo de su eternidad, transciende en vuelo espacioso por encima de todo: lo que fue y lo que ha de ser por todos los siglos». Precioso vuelo de Séneca: «*Aeternitatisque suae memor (animus), in omne quod fuit, futurumque est omnibus saeculis, vadit*».

FR. PEDRO DE LA DEDICACIÓN DE LA VIRGEN DEL PILAR

Roma, Junio 1963.